
Oswaldo Ortolani. (vecino / miembro de la Vecinal “Empalme Graneros”)

Orígenes. Mi bisabuelo, Don José Ortolani, quien creo que fue el primer poblador de esta zona, llegó de Italia junto a sus hermanos y se instalaron en esta llanura, donde estaban los bañados del Ludueña. Bañados que son arroyos que serpenteaban por todo nuestro barrio. Eran pequeños hilos de agua, pero cuando llovía se formaban grandes caudales y se inundaban muchos lugares. Así que mi bisabuelo y otros vecinos se encargaban de arrastrar con bueyes y caballos a los carros que se quedaban en las lagunas. Y su primer trabajo fue la siembra de alfalfa. La tracción en esa época era toda a sangre, así que esa alfalfa se destinaba como alimento para los caballos y el ganado. De eso vivían las familias que se instalaron en lo que ahora es Empalme Graneros: sembraban alfalfa. Eran dueños de unas seis manzanas y sembraban alfalfa, que era el alimento para los carros tirados animales.

Por entonces Rosario se expandía y empezó a necesitar ladrillos, así que en esta zona también existieron hornos de ladrillos. Muy cerquita de aquí, lo que es hoy la calle Junín, ya en el barrio Ludueña, se conocía como la “calle de los hornos”. Era toda una sucesión de hornos uno al lado del otro. Y había cría de ganado vacuno y tambos, ya que era una zona baja que no servía para la siembra de trigo o maíz. Eso en un primer momento, hasta que llega el ferrocarril y aparecen las primeras fábricas, las carpinterías o galpones donde se arreglaban los vagones del ferrocarril. En aquel entonces había una estación chica, en la que se hacía el cambio de vías para que los trenes llevaran los granos al puerto. Y Empalme Graneros toma ese nombre por aquella vieja estación.

En torno de aquella estación se va formando un pequeño poblado. Ferrocarril inglés. Ferrocarril francés. Vivienda para el jefe de la estación. Se instala el correo, un almacén de Ramos Generales en la calle Chaco y Avenida Génova, que en la década del veinte se convierte en la primera escuela del barrio. Antes de eso, venía un maestro llamado Simón Don, y daba clases debajo de un árbol, en verano, y cuando hacía frío adentro de algún galpón.

El crecimiento del ferrocarril se queda con muchos muchachos que dejaban el campo, donde laburaban todo el día y todos los días. Entonces se desarrolla el ferrocarril y les da a los trabajadores licencias que no conocían; vacaciones, algo que muchos no conocían. Como anécdota, muchísimos de los trabajadores ferroviarios de los años 20, cuando tomaban vacaciones, era muy factible que dedicaran ese tiempo a pintar y arreglar las herramientas que habían usado durante todo el año. No sabían qué hacer. Nadie se iba a Córdoba o a Mar del Plata. Otros hacían otra piecita de madera para el hijo que había crecido o estaba por llegar. Más que eso no hacían.

Memorias. Tuve la suerte de haber compartido charlas con mi abuelo, el séptimo hijo de Don José Ortolani, y me contó anécdotas que van marcando un poco el tono de la época. Una vez me dijo que mi bisabuelo, Don José Ortolani se encuentra con un paisano, Don Bruschini, que era un hombre mucho más grande y ya tenía una familia. Hacen alguna relación y un buen día Don Bruschini lo invita a comer, y en plena sobremesa llama a una de sus hijas y le dice: “Ma’ tu eliges: te casas con el Giuseppe o te vas al Convento. Tú eliges”. El tipo le daba a elegir si quería ser monja, porque para esa familia típicamente gringa tener un hijo cura o una hija monja era una forma de realizarse, o formar una familia con mi bisabuelo. Las familias más adineradas tenían un hijo religioso, otro militar y otro abogado. Pero

las que no podían tener un hijo militar, se conformaban con tener una monja de encierro. Bueno, esa es de alguna manera una parte de las memorias familiares, cuando era muy normal que los casamientos se arreglen por correo o se justifiquen por razones de nacionalidad o de poder.

Instituciones. Cuando se dice que Rosario se hizo sola, hay que tener en cuenta que la parte de atrás de Rosario se hizo más sola todavía. Fue todo muy a los ponchazos, con mucho esfuerzo. En los años veinte se forman 4 o cinco vecinales, entre ellas la de Empalme Graneros. Estábamos lejos de todo, y el mensaje era que si no hacíamos las cosas nosotros no lo hacía nadie. El primer presidente fue Andrés Pfeuti, que al parecer tenía ideas anarquistas, lo cual merece un párrafo aparte en nuestra ciudad, ya que ese ideario fue muy importante en la creación de clubes y bibliotecas. Era gente que soñaba con un futuro y acá faltaba todo. Había que tener alumbrado. Hacer el pavimento. Empalme se fue poblando de inmigrantes que buscaban echar raíces.

En las instituciones surgieron algunos dirigentes, pero nunca existieron aportes estatales o políticas públicas que sostuvieran esos emprendimientos. Más allá de que pasaron gobiernos de todo tipo, ninguno participó activamente del crecimiento de las instituciones. Y con el barrio sucedió un poco lo mismo, así que todo se hizo a los golpazos: se abrieron las calles como se pudo, se hicieron las veredas con lo que se pudo. Fueron fogonazos de trabajo y siempre, después o antes de una inundación, había algunos crecimientos.

Deportes. ¿Cuál podían ser los deportes de este barrio humilde? La mayoría fueron futbolistas o boxeadores. En la década del cuarenta o del cincuenta nuestro barrio era una fábrica de boxeadores. Era barato tener una pelota y era gratis ir al gimnasio o comprarse un par de guantes entre todos. Así que hacían esos deportes. Y la reunión de la muchachada, de la gente del barrio, era en los clubes: Libertad, Reflejos, La Gloria, que eran clubes nacidos en la década del veinte y del treinta. Ahí se juntaban y se cruzaban los hijos de los antiguos inmigrantes.

El Barrio. A partir de los años 40 la Vecinal empieza a tomar otro perfil. La asistencia médica estaba lejos, entonces se propone traer algunos médicos. En esa época venían estudiantes de primero o segundo año de la Facultad de Medicina, pero para la gente del barrio era como tener al doctor.

Acá tuvo mucho impacto el Plan Evita. Nuestras casas eran la casilla de chapa. Casas construidas con chapas ferroviarias, con tablas del ferrocarril. Y el Plan Evita de viviendas fue un salto para mucha gente. Fue un tiempo también en que las fábricas, durante esas décadas, comienzan a multiplicarse y se producen fuertes migraciones internas. Llegaban correntinos, formoseños, chaqueños, gente que era expulsada de sus tierras por distintas razones. Venían a Rosario a buscar trabajo porque había fábricas: llegaban y encontraban trabajo. El gran problema fue cuando se terminó el trabajo para esa mano de obra no calificada, y en todas las zonas marginales de Rosario se empezaron a armar de pobreza más profundos. Llegaban y encontraban trabajo. La mano de obra que llegada del interior venía en primer lugar como albañil, pero a medida que se extienden las fábricas se incorporan a distintos tipos de trabajo y las culturas se funden muy rápido en esa ámbito de trabajo, ya que había opciones y vuelven más criolla a la ciudad de Rosario.

La pampa gringa no era criolla. En la pampa gringa podías andar a caballo, pero eso no tenía nada que ver con el paisano. Se vivía en el campo, pero no se comían asado y se conservaban costumbres de los viejos inmigrantes. Se escuchaba la canzonetta

italiana o alguna música española. El asado empieza a ser fuerte después del 60. Igual que el folklore. A lo sumo se escuchaba tango, pero el folklore llega de la mano de esa migración interna de Santiago del Estero, de Salta, de Corrientes que arrastra sus costumbres. Llega la chacarera, la zamba, el chamamé y el asado a nuestro barrio. Además se hacen nuevos loteos, se empiezan a abrir algunas calles y los clubes recuperan fuerza. Esto es muy fuerte hasta mediados de los años setenta. Luego empieza cierta decadencia.

Personajes. La Parroquia Nuestra señora de Guadalupe llegó de la mano del Padre Agustín Bullian, un cura *gaucho*, del tiempo de sotana con cal y pantalones con cal. Daba la Misa siempre con la ropa de trabajo puesta. La primera Misa se hizo en un gallinero; corriendo las gallinas mientras se daba la Misa. Y antes, donde está la actual Parroquia, es donde funcionó la primera Capilla del barrio, algo que se fue haciendo con todos los feligreses. Primero tenía una Capilla chiquita, y luego se empezó con la construcción de la escuela Gonzaga y el espacio se fue ampliando. Tenía un concepto diferente a otros curas de la época.

Y del otro lado de Agustín Bullian, lo tenemos a Virginio Ottone. Eran como *Don Camilo* y *Don Pepone*, el cura y el comunista, una historia del cine que parece trasladada al barrio Empalme Graneros. Virginio Ottone era un activista y dirigente histórico del partido comunista. Llegó al barrio algunos años antes que el Padre Bullian, a finales de los 50, y enseguida empieza a participar en la vecinal y a luchar por el barrio. Y como es entendible tenían muchas diferencias ideológicas: Bullian llega como parte de una política eclesiástica y Ottone responde al su partido, así que estaban en veredas opuestas. Eran los personajes fuertes del barrio, pero la Iglesia y la Vecinal no trabajaban juntas, aunque puede decirse que uno fue el resultado del otro. Así que cada vez que miramos la vecinal o la parroquia, podemos ver como dos grandes monumentos que tienen mucha relación con ellos. Y es curioso, pero la inundación de 1986 los toma muy grandes, y terminan haciéndose muy amigos.

El PC seguramente lo va a negar, pero Ottone renuncia al partido después de 60 años de lucha por el NU.MA.IN, porque no había hecho lo que le demandaban. Entonces renuncia, se enoja. Y a su velorio no fue nadie. Y al Padre Bullian lo deportan a una iglesia lejana, como a un jubilado sin participación activa. En ese entonces todo era muy sectario y verticalista, y calculo que les dirían “¿por qué te juntas con los curas?” o “¿por qué te juntas con los comunistas?”. Ninguno de los dos tuvo la suerte de tener el reconocimiento de las instituciones que representaron, aunque por suerte tuvieron el reconocimiento muy fuerte de la gente común.

Pero el barrio también tenía mucha otra gente buena. Domingo Polichiso en el club Reflejos; el “Chiva” Fernández en La Gloria; comerciantes; gente trabajadora. No se puede nombrar a todos porque vamos a olvidad de alguien y cometer una injusticia, porque cada institución ha tenido y lleva la historia de muchos hombres y mujeres que dejaron en esas luchas buena parte de su vida.

Nuevas migraciones. En la década del 80 se producen una serie de inundaciones en el Chaco y Formosa y se genera otra corriente migratoria: una corriente que no vino a buscar trabajo sino que fue literalmente expulsada, como la comunidad QOM -Tobas. Eran considerados una molestia en el Chaco o en Formosa, y una de las formas de solucionar el problema era dándole un pasaje de ida para Santa Fe, Rosario o Buenos Aires. Entonces, quienes llegan en esa otra época, no era eran mano de obra calificada y tenían costumbres que hicieron difícil su integración. El

choque cultural fue expulsivo, y terminaron siendo comunidades que se quedaron formando guetos de hambre y miseria extrema.

NU.MA.IN: El 86 nos encuentra a todos. Los que internalizamos el UN.MA.IN, nos dimos cuenta de que la inundación le había agarrado al hincha de River, al de Boca, al peronista, al radical, al demócrata, al socialista. Entonces empezamos a trabajar todos juntos y hacer otro tipo de distinciones: buenos eran los que hacían cosas y malos los que no hacían. Por suerte, tanto Virginio Ottone como el Padre Bullian pudieron juntar sus esfuerzos y hacer que la cosa funcione. Y se incorporaron todos. Los comerciantes, estaba Foresto, la gente joven. Todos. Yo pertenecía a esta muchachada, éramos muy jóvenes y tratábamos de contenerlos y aprovechar la experiencia que ellos tenían. Y como nos vieron que no estábamos con el *cuchillo bajo el poncho*, como ellos decían, entonces dejaron el cuchillo y el poncho y pudimos trabajar juntos. Así se formó NU.MA.IN, que viene a colación del “Nunca Más”.

Una inundación tiene muchas aristas para analizar. Esta la pérdida material. Si. Y uno enseguida piensa qué cosas hay que comprar o de dónde se saca el dinero. Pero también hay otras cosas que están en juego. La inundación es un reto para no dejarte vencer. “Un poco de agua no me lleva”, eso termina siendo la respuesta de la gente. Una cosa de amor propio. Uno ve y conoce a mucha gente, y todos sus conflictos, sus problemas, sus postergaciones, todo lo que no pudo lograr lo focalizaban en las inundaciones sufridas. “No me va a ganar la inundación”. Quedarse es una victoria. Ganarle es una victoria. Perder es una derrota más en su vida, y eso no se aguanta. Se supera esa instancia porque la casa de cada uno encierra toda una vida: su pertenencia, su historia, la pared que pintó la abuela que no está más, el vestido que me regaló la tía que no está más. Cada cosa tiene otro contenido, otra escala de valores, porque la inundación es un reto.

En la inundación de 1986 había algunas partes que tenían dos metros de agua. Con el entubamiento del '45 y el primer aliviador de los años sesenta no alcanzaba. Había que hacer otro aliviador y la presa. Con gritos, con marchas y contramarchas, con carteles, con situaciones difíciles, reuniones y más reuniones, logramos que en diez años se terminaran esas dos obras. Y hoy nos seguimos peleando para que se construya el aliviador III.

Día del Vecino. El día del vecino se celebra el segundo domingo de diciembre, pero hace algunos años que no podemos hacerlo más en la calle por cuestiones de seguridad. En el 1986, luego de la última inundación, nos dimos cuenta que las fiestas de Navidad y Año Nuevo son buenas cuando estamos bien. Pero cuando estamos mal solo sirven para profundizar el luto o la angustia. Y nosotros caminábamos por las calles de Empalme Graneros y veíamos zombis. La gente estaba quebrada y dolorida. Una cosa que sólo la entiende el que vivió una inundación. Hasta la euforia es mentirosa. Lo cómico es mentiroso, esta siempre cargado de violencia. Así que dijimos que teníamos que hacer algo: “Tenemos que empezar diciembre de otra manera, porque si no nos morimos todos”. No había familia que no sufriera o a la que no se le hubiera muerto alguien de tristeza. Así que empezamos a preguntarnos que podíamos hacer: “Festejemos algo, pero ¿qué festejamos? Hasta que alguien dijo que había que inventar el día de alguien. Primero buscamos en el almanaque, para ver si aparecía algo. Y luego surgió esto de festejar al vecino, a los hombres y mujeres que nos habían ayudado a levantar la heladera o a sacar el agua. Y nos dimos cuenta que no existía el día del vecino, y resolvimos que el primer domingo de diciembre sea el día del vecino. Tiempo

después, por una cuestión económica, pasó a ser el segundo domingo de diciembre. Y determinamos que había que regalarle algo a nuestros vecinos, pero algo que no sea comercial, sino algo que se haga en la casa: algún dibujo, una torta, media docena de empanadas. Y a la noche teníamos que sacar las mesas afuera y festejar "El día del Vecino". Hicimos un escenario chiquito sobre Juan José Pasos, sacamos un par de tablones y a la tardecita empezó a venir la gente y se llenaron cuatro o cinco cuadra de tablones, y más también. Y al otro año ya no se podían poner tantas mesas. Y al otro año ya estaban parados porque no alcanzaba el lugar. En los últimos años llegamos a reunir cerca de 30.000 personas. Ahí está el gran logro de esa época: haber podido reconstruir nuestra historia.